

# La Rusa y otras historias violentas

Antonio Trejo Galicia



Trejo Galicia, Antonio

La Rusa y otras historias violentas / Antonio Trejo Galicia

—México: Editorial De otro tipo, 2019

136 p. 23 cm

Serie: Ficción De otro tipo

Género: Cuento

Primera edición, 2019

© Antonio Trejo Galicia

D.R. © 2019 Editorial De otro tipo S.A. de C.V.

1ª Privada de Mariano Abasolo 10 B. Santa María Tepepan

Xochimilco. C.P. 16020

Comentarios y sugerencias:

[www.deotrotipo.mx](http://www.deotrotipo.mx)

Editor: Walter Jay

Formación: Selene Solano Jandete

Portada: Mauricio Gómez Morin

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito.

ISBN: 978-607-97961-5-0

Impreso en México / Printed in Mexico

## Contenido

<i>La Rusa</i>	13
<i>La lanza de Cuauhtémoc*</i>	77
<i>Comebalas*<sup>121</sup></i>	
<i>La dómina</i>	125
<i>El tenedor afilado</i>	129

\*

*A mi esposa*  
*A mis padres*  
*A la gente que amo*

## La Rusa

Me dijeron que se me iba a pasar en unos días, pero ya llevaba tres meses llorando por Eli a moco tendido y ella ni siquiera volteaba a verme en las clases en que coincidíamos. Toda la Facultad sabía que me traía de los huevos y que sólo había accedido a hablarme para que le pasara mis apuntes por WhatsApp, pero nunca se había dignado a aceptar alguna de mis invitaciones en el Feis.

Andaba disperso, me equivocaba de salón y mis compañeros me hacían burla cuando, a través de los ventanales, veían cómo se le acercaban los doctorantes pidiéndole ayuda para diseñar los carteles de sus congresos. Había uno en especial que me cagaba porque ella le devolvía la mirada con una sonrisita de franco ligue. “Te la están bajando, pendejo”, me decían y yo me moría de coraje.

No sé qué le veía a ese güey, quizá porque estaba bien guapo con su bigotito recortado y tenía un futuro prometedor en el extranjero, no que yo, pinche escuincle baboso, dando lástimas como perro sin dueño.

Ya no atendía las clases y se me perdían las fechas de los exámenes parciales, olvidaba devolver los libros de la bibliote-

ca y me multaban por los días de retraso. El colmo fue cuando olvidé en otro pantalón mi tarjeta del metro y debí pasar la vergüenza de mendigar un pinche peso o dos en plena calle. Ahí me di cuenta de mi infortunio.

Iba de mal en peor. Por mi bajo rendimiento, uno de mis profesores me encargó que le imprimiera unas lonas con todos los puntos del temario, si es que quería pasar su materia. La quería “así y asá”, con estructura metálica y arillos, porque la iba a utilizar en la bienvenida a los alumnos de nuevo ingreso, y hasta me dijo que la imprimiera con uno de sus cuates por el metro Chabacano para que quedara bien.

Me acuerdo que fui un sábado. Un día antes me había regañado mi jefa cuando le confesé lo que me iba a costar el chistecito. No se le hacía justo que por unas nalgas gordas el hijo de sus entrañas le saliera tan caro.

De mi papá mejor ni hablo porque nunca estaba, y de saberlo me hubiera salido con un “qué pendejo eres y chíngale por la lana”; de todos modos, mi jefa me amenazó con que si reprobaba me mandaría definitivamente al Colegio Militar. Así que antes de que se despertaran en mi casa me fui a cumplir con mi deber.

Llegué bien temprano. La dependiente con quien me mandaron me preguntó malhumorada que cómo la quería y ahí me tuvo un ratote en su computadora hasta que acordamos el diseño. Me advirtió que no me imprimiría nada si no le pagaba el cien por ciento; se me hizo abusivo pero acepté, ya estaba ahí y ni modo de hacerme güey.

La encargada revisaba la resolución y los píxeles mientras yo perdía el tiempo revisando las promociones en los locales de a los lados y luego las azoteas de las vecindades, los tenderos asoleando los brasieres y calcetines entre los tinacos desnudos, y me pregunté cómo se podía vivir entre esos tabi-

ques sin repellar, y mira que había visto de todo por la Viga, de donde es mi prole.

Me dijo que regresara en cuatro horas. Miré mi reloj y pensé que me daría tiempo de darme una vuelta por el Centro, de perder el tiempo en algún museo o buscar algunas morras, aunque sólo fuera para el taco de ojo.

Me sentía perdido en ese hormiguero, solo, jodido, y sin un peso más que para el camión y quizá una tortuga sin queso; además, mis jefes no me habían querido dar para recargar mi cel, así que tampoco podía organizar nada porque se me habían acabado los datos.

Caminé dos cuadras hacia Tlalpan. Los coches avanzaban en oleadas por el Viaducto, dejando un olor a gasolina quemada. Yo iba en la lela, buscando el rostro de Eli entre las chicas que avanzaban por la calle, y claro, ellas me veían como un depravado y se hacían a un lado.

A unos metros vi cómo se detuvo un carro de la basura y sus trabajadores bajaron a echarse unos tacos. Del changarro se desprendía un olor a grasa y una melodía:

*Con madurez me voy a retirar y por primera vez... prometo no llorar.*

No pude aguantarme. Pinche canción. Se me llenaron los ojos de lágrimas. No me duró mucho, porque protestaron mis tripas. Tomé la nota de remisión, la doblé en cuatro y la metí en el bolsillo trasero del pantalón. Aún hacía frío. Iba a dar vuelta en la calzada para llegar a la estación del metro cuando crucé la mirada con un mendigo sentado en la acera, justo en el retorno para reincorporarse a Viaducto.

Algo vio en mi cara que me gritó como si le fuera la vida en ello.



—¡Pinches viejas, si todas son nalgasprontas, sólo que les gusta hacerse del rogar para aflojarlas!

Detuve mis pasos por el volumen con que lanzó esa vulgaridad. Me le quedé viendo unos segundos sin acercarme, no fuera a írseme a golpes como ya me había pasado antes con este tipo de gente. Me llegó su tufo.

—¿Mal de amores, eh? —me dijo con su boca desdentada.

Se irguió hasta que su rostro renegrido se encontró con el mío, clavándome sus ojos verduzcos apenas visibles bajo esas costras de mugre y lagañas.

No le respondí. Me incomodó su impertinencia. Hice un involuntario gesto de asco. No le importó, dio dos pasos hacia mí para continuar con su letanía.

—Lo que te hace falta es una mujer de verdad y no la pinche vieja que te hace sufrir y que, además, anda con otro... —hizo una pausa y luego bajó su volumen hasta hacer su voz casi imperceptible—. Aunque no van a durar mucho porque él no la quiere, ¿eh? No te echo mentiras. ¡Mira, aquí está! —me mostró la palma de su mano.

Abrí los ojos sorprendido. Era obvio que aquel indigente no me conocía en lo más mínimo, ni mucho menos sabía de mi no-relación con Eli, pero había atinado a lo que quería escuchar.

—A ti te conviene una mujer de verdad —insistió—. Mira —me dijo como si fuera un padre hablándole a su hijo—, camina dos cuadras hacia allá —estiró la mano indicándome la

estación Chabacano— y pregunta por la *Rusa*. Es más, la vas a reconocer de inmediato y se te van a salir los ojos. Di que te manda el *Chimuelos*, ella sabrá. Luego vienes y me dices si te funcionó o no, pero se me hace que no regresas, porque te vas a encolar con esa vieja.

Quiso decirme algo más, pero no le entendí. Avanzó trastabillando. Intentó tomarme de una de las mangas de mi camisa pero conseguí esquivarlo, y ahí sí, mejor seguí mi camino. No hizo el intento por seguirme. Cuando voltee ya estaba sentado sobre la banqueta como si buscara dormirse bajo los rayos del sol.

Seguí mi camino hacia Tlalpan. Consideré que de todos modos debía llegar hasta la calzada, pero mira que preguntar por una puta y además sin dinero; dicen que hasta por mirar te andan bajando una feria. Pero igual me había quedado intrigado y me enfilé hacia allá.

## II

La reconocí de inmediato, no había manera de quitarle los ojos de encima. Se adivinaba que no era de por ahí. No parecía una mujer de la calle, hubiera pasado por ejecutiva de una trasnacional esperando su transporte en el lugar equivocado; únicamente le faltaba su celular para imaginar que daba indicaciones.

Me pregunté qué hacía ahí, quizá por su edad —ya rebasaba los cuarenta o más, aunque siguiera viéndose firme—, porque si no, no me hubiera extrañado encontrarla en el Men's Club o en algún burdel de postín, sólo para políticos o empresarios de caché.

La rubia miraba hacia los coches que bajaban de Tlalpan a gran velocidad. Yo venía en sentido contrario. No había mucha gente a esa hora ni clientes potenciales, si hubiera sido más tarde no habría tenido el privilegio de encontrarla sola.

Sintió mi mirada. Traía un jumper beige un poco más abajo de la rodilla. No era delgada pero estaba en su punto. Al volverse me clavó sus ojos grisáceos. Bastó un instante para que me leyera el alma.

—¡Qué ojitos tan tristes! —me dijo dulcificando su voz.

—Yo pasaba por... vengo a... digo... —se me trabó la lengua. Me temblaban las piernas.

—¿Te mandó el *Chimuelos*, verdad? No digas nada —puso una mano en mi hombro y con la otra me acarició la cabeza. —¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Gil-ber-to —respondí jalando aire.

Me plantó un beso en la mejilla, atrayéndome hacia sí. Sentí la tibieza de su cuerpo a través del vestido, su respiración pausada. Prolongó la caricia, arrastrando su boca por mi cara. La tibia humedad de su aliento inundó mi nariz.

—Yo te voy a quitar tu pena— me dijo rodeándome con sus brazos lechosos, en donde se agrupaban multitud de pecas.

Colocó su mano en mi pecho y formó un círculo con el índice; luego la deslizó hasta mi vientre y bajó otro tramo, me rozó la verga. La sensación fue indescriptible. Abrí la boca sin darme cuenta. Me alcanzó los güevos y los apretó. No hubo dolor al contacto. Oprimí las nalgas. La sensación duró un segundo. Bajé la mirada. Mi miembro estaba tan hermosamente erecto al llamado de su mano, que dejaba ver sus venas azuladas.

Escuché cómo frenó un microbús y bajó un pasajero. Sentí una súbita vergüenza al saberme el centro de atención. Vi la envidia en más de uno de los hombres sujetos a los pasamanos al verme tomado de la brida, y el escándalo de las señoras pensando hasta dónde habíamos llegado en esta ciudad de perdición.

Su boca se unió a la mía con violencia. Escuché un ¡clac! al chocar nuestros dientes. Sentí su lengua hasta mis amígdalas.

El sabor de su boca me remitió a mi niñez. Mientras su saliva se confundía con la mía me sentí en la cima del mundo.

No sé cuánto tiempo estuve literalmente pegado a sus labios, recorriendo arriba y abajo ese cuerpo a mis anchas y a la vista de todos, hasta que ella me tomó de la mano y me condujo por la avenida.

“¡Chingue a su madre el trabajo, Elizabeth, mi madre, la escuela y yo mismo! ¡De aquí soy!”, grité en mis adentros. Tampoco supe cuántas calles avanzamos ni en cuál de ellas dimos vuelta y alcanzamos las puertas de un motel de medio pelo.

No me importó la sordidez del lugar, la cara sebosa del dependiente, la media luz de aquel putero pese a que aún no pasaba del mediodía. En otra circunstancia no habría dado dos pasos en ese lugar de mala muerte.

—¿La de siempre, verdad, güerita? —escuché mientras le ofrecían un par de llaves.

Ella asintió y me condujo hacia la habitación; yo iba como entre brumas. Subimos las escaleras. Avanzamos por un pasillo de luces mortecinas. Las paredes estaban salitrosas y en algunas partes se podían ver las capas de pintura y yeso desprendiéndose. Paramos. Vi la puerta del cuarto: el 117. Nos metimos. Todo era abrazos, saliva, calor, desenfreno.

¡Pinche *Rusa*, para ese momento yo ya se la quería meter a como diera! Le levanté la parte de abajo del jumper, pero ella me apartó con su mano; me tomó los dedos, se los llevó a la boca y me mordió las uñas. Me excitó el movimiento circular de sus labios.

Cerró la puerta de un impulso y me llevó al centro de la habitación. Le palpé las piernas con mis manos, hubiera que-

rido meterme entre su humedad y lamer directamente de sus entrañas.

Le ensalivé el cuello como un gato y, ya entrado, le dejé las tetas al aire. Distinguí un *loveseat* junto a un cuadro de dudoso gusto, donde una mujer acucillada mostraba generosamente sus pechos. Sobre la repisa de la luna, a un costado de la TV con canales pornográficos, vi un condón y diversas bolsas con crema, lubricante, un peine, lo que siempre ofrecen con el servicio.

Me desabroché el pantalón y una vez que estuvo abajo, se sentó sobre la cama y se introdujo mi verga en su boca, concentrando la succión en la punta. El placer era inmenso y se iba acrecentando. Nunca creí que existiera tanto deleite en el mundo. Se me fueron los ojos hacia arriba y di un grito involuntario... ahhhhh. Iba a estallar.

Cuando estaba por venirme vi de reojo que su lengua se extendió más allá de lo normal, enrollándose en mi pene tres o cuatro veces, y luego avanzó hasta alcanzarme las nalgas, intentando envolverme, como si fuera una serpiente sofocando a su presa.

Sus ojos comenzaron a expandirse como los de un sapo. En ese momento no me importaba ya nada. Yo estaba perdido... extasiado, entre brumas... La prueba es que nunca advertí que tocaban a la puerta, primero con uno, dos golpes, hasta subir de intensidad.

Ella me apartó con brusquedad, enrolló su lengua y volteó hacia donde procedían los sonidos. Ya no era la misma. En sus hombros se distinguían dos carnosas aberturas que se movían como branquias con vida propia. Nos envolvía para entonces una bruma violácea surgida de quién sabe dónde.

Se levantó haciendo un arco con la espalda; con ese movimiento me echó a un lado de la cama. Quise incorporarme, apoyándome en el tocador, al hacerlo vi en el espejo cómo se

formaron, como si estuviéramos en el vapor de un baño, las palmas de muchas manos queriendo escapar de un lugar que no se veía desde mi lado...

La puerta cedió con violencia. Tres hombres de uniforme azul y casco antimotines astillaron la madera con una punta de metal e ingresaron a la habitación. Ella saltó hacia una pared y, aún sin comprender cómo lo hizo, avanzó hacia el techo escondiéndose entre la oscuridad de una de las esquinas, deslizándose como una araña, con multitud de brazos con ventosas.

Debí tener la boca bien abierta cuando uno de esos hombres me la cerró de un puñetazo al grito de “¡Policía Federal! ¡Quédese donde está o se lo carga la chingada!”. Luego vino otro golpe en la cabeza y una fuerza aventándome hacia la pared, donde me hice ovillo.

Sentí múltiples patadas, escuché gritos, maldiciones, órdenes de “¡Bájate de ahí si no quieres que te partamos la madre! ¡Tú lo quisiste, pendeja! ¡Al fin te agarramos!”, y un bulto viscoso estrellándose contra mí, aprisionándome, impidiéndome respirar.

No supe de mí luego de un toletazo entre los hombros.